

09 Condiciones productivas locales y exigencias para la comercialización. Transformaciones en la fruticultura del norte de la Patagonia argentina*

Verónica Trpin y Belén Alvaro

RESUMEN A partir de la década de los noventa, en un marco de reestructuración del sistema agroalimentario mundial y desregulación de la política agropecuaria en la Argentina, la producción primaria de alimentos se encuentra sujeta a criterios de calidad internacionales, y regida por requerimientos formales que modifican sustancialmente las condiciones productivas. El caso en estudio aborda las transformaciones socio-productivas en la cadena frutícola localizada en el norte de la Patagonia Argentina, donde estas exigencias, entre otros procedimientos, se formalizan en las Buenas Prácticas Agrícolas. Las mismas son abordadas en tanto dispositivos de control que interpelan y complejizan las condiciones de reproducción social de los chacareros como productores independientes en la cadena, con impactos en sus trayectorias vitales y productivas. Trabajamos con fuentes secundarias y relevamiento primario de casos. Las conclusiones se inscriben en las tensiones entre configuraciones productivas locales y avances de los controles del capital concentrado.

Palabras clave productores familiares | buenas prácticas agrícolas | dispositivo | controles | trayectorias productivas

Fecha de recepción: 07 | 10 | 2013

Fecha de aceptación final: 08 | 07 | 2014

Dra. Verónica Trpin

CONICET- GESA-
Universidad Nacional del Comahue
E-mail: vtrpin@hotmail.com

Dra. Belén Alvaro

FADECs - GESA -
Universidad Nacional del Comahue
E-mail: mabalvaro@yahoo.com.ar

* En el marco del proyecto CONICET PIP 100971 «La pluriactividad en las trayectorias y actuales diferenciaciones sociales en los chacareros del Alto Valle», dirigido por la Dra. Mónica Bendini.

Productive local condition and requirements for the commercialization. Transformation in the fruit growing of the north of Argentine Patagonia

SUMMARY From the nineties' decade, in a context of restructuring of the food-processing world system and deregulation of the agricultural politics in the Argentina, the primary production of food is tied to international criteria of quality, and governed by formal requirements that modify substantially the productive conditions. We study the case of the productive transformations in the fresh fruit chain located in the north of the Patagonia Argentina, where these requirements are formalized in the Good Agricultural Practices. These requirements are approached as devices of control that make more complex than before the conditions of social reproduction of the farmers, independent producers in the chain. We work with secondary sources and primary report of cases. The conclusions register in the tensions between productive local configurations and advances of the controls of the concentrated capital.

Key words family farms | good agricultural practices | controls | productive social trajectories

1. Introducción a la problemática en estudio

En el marco de la actual reestructuración concentrada del sistema agroalimentario mundial, la producción frutícola del norte de la Patagonia argentina, localizada en el Alto Valle de Río Negro, está regida a partir de la década de los noventa por una profundización en los requerimientos de calidad y sanidad del mercado internacional, que modifica sustancialmente las condiciones productivas en el eslabón primario.

La cadena frutícola regional se centra en la producción, acondicionamiento y comercialización de manzanas y peras. Históricamente la producción de fruta de pepita ha sido destinada hacia tres sectores básicos: la exportación, el consumo interno y la industrialización (Blanco, 1999), aunque manteniendo la impronta distintiva de orientarse principalmente a mercados internacionales, constituyendo los otros dos destinos alternativas menos rentables.

La conformación de la cadena¹ frutícola propiamente dicha, en la región, data de la etapa de agroindustrialización a comienzos de la década del 70. Distintos eslabonamientos participan en ella: productores primarios independientes (chacareros), productores primarios integrados (fruticultores), eslabón comercializador y/o exportador (empaques chicos, empaques transnacionales, jugueras). En el marco de patrones productivos gestados a partir de la conformación de cadenas desde la década de 1970, su lógica se ve profundizada años más tarde, con un dominio creciente del capital transnacional en eslabones estratégicos de la cadena de valor, e impacto para el resto; la concentración de los excedentes; la aceleración en los tiempos de reproducción del capital; dinamismo y flexibilidad como lógicas que rigen el proceso de reproducción de la cadena; la diferenciación y competitividad con otras regiones; avance territorial y reorganización de espacios agrarios (Alvaro, 2013).

Como parte de estas tendencias, en esta última etapa, el proceso de transnacionalización trae nuevos cambios en la composición del capital y distribución del excedente al interior de la cadena. «Los procesos de adquisiciones y alianzas, dan lugar a una rápida y cambiante concentración empresarial en el sector y a la profundización de formas oligopsónicas. Diez firmas

¹ Entendidas como los eslabonamientos entre los sectores que componen el proceso técnico de transformación relativamente eslabonado de una materia prima agropecuaria, Teubal y Pastore (1995, en Tsakoumagkos, 2006) caracterizan las cadenas agroalimentarias como ámbitos de reproducción y acumulación donde se dan relaciones asimétricas entre los actores sociales tanto al interior de cada eslabón (intrasectoriales) como entre los diferentes eslabones que la componen (intersectoriales), y que influyen decisivamente en la forma de apropiación de los excedentes que en ellas se generan.

concentran más del 80 % de las exportaciones y aunque con diferencia de escala, las empresas estudiadas concentran aproximadamente la mitad de la fruta exportada» (Bendini & Steimbregger, 2005:12).

Actualmente, el oligopsonio empresarial está compuesto por las siguientes firmas:

Cuadro 1.

Exportadores frutihortícolas por puerto San Antonio este. 2005

<i>Exportador</i>	Toneladas	% Distr.
<i>Expofrut S.A.</i>	165.237	30,04
<i>Patag. Fruits Trade S.A.</i>	78.619	14,29
<i>PAI S.A.</i>	58.810	10,69
<i>Ecofrut S.A.</i>	40.914	7,44
<i>Moño Azul S.A.</i>	38.504	7,00
<i>Salentein Fruit S.A.</i>	30.042	5,46
<i>Montever S.A.</i>	25.855	4,70
<i>Tres Ases S.A.</i>	23.007	4,18
<i>Kleppe S.A.</i>	12.889	2,34
<i>Mc Donald S.A.</i>	12.847	2,34
Total primeros 10	486.724	88,48
Totales	550.113	100,00

Fuente: Scaletta, C. 2006.

La incorporación tecnológica ha constituido una variable central de diferenciación estructural estratégica para el capital, al interior de la cadena. Esto ha permitido caracterizar en momentos históricos concretos, las formas de articulación diferenciales y subordinadas entre los eslabones que la integran, y diferenciación social que conlleva al interior de los mismos. Para el caso de la producción primaria (donde ubicamos a los «chacareros»), las innovaciones tecnológicas requeridas en etapas anteriores mediante los nuevos sistemas de conducción y tecnologías mecánicas ('80), y posteriormente cambios varietales, tecnologías informáticas y biológicas ('90) (Bendini & Pescio, 1996), se reflejan en las últimas dos décadas en la introducción de normas de inocuidad alimentaria que responden a estándares internacionales de seguridad alimentaria.

Uno de los requerimientos en que se formaliza la incorporación tecnológica actualmente es en las Buenas Prácticas Agrícolas.² Su introducción produce impactos en la estructura agraria local, especialmente para el sector de los «chacareros», pequeños y medianos productores independientes (no integrados verticalmente), profundizando la diferenciación social previa (Alvaro, 2012).

² En adelante, BPA.

Los chacareros han sido actores protagónicos en la fruticultura desde principios del siglo XX, a consecuencia de un proceso político de «poblamiento y constitución del Estado nacional» en el territorio norpatagónico, que invisibilizó y diezmó la existencia de pobladores originarios que habitaron la zona hasta fines del siglo XIX. En términos empíricos «chacarero» designa a un productor que es propietario de un pequeño o mediano monte frutal (de 0,5 a 25 ha), y realiza trabajo productivo directo (del productor y/o algunos miembros de su familia) en la explotación, con posibilidad de contratación de trabajadores transitorios, y, según nivel de capitalización, la utilización de trabajo asalariado permanente. Estos rasgos lo encuadran dentro del tipo teórico familiar capitalizado, de presencia significativa histórica en otras regiones argentinas (Bendini & Tsakoumagkos, 2002:96; Bandieri & Blanco, 1994). En términos teóricos, este tipo de productores se caracteriza por la combinación capital/trabajo familiar en la organización social del trabajo, con capacidad de generar excedentes a partir del trabajo en la explotación y un alto grado de mercantilización de las relaciones productivas; organizados sobre ciertas pautas que frente a cambios sociales tienden a conservar relaciones fundamentales» (Alvaro, 2012:32); aportando elementos analíticos que iluminan distintos aspectos de la reproducción social de estas unidades.

En el presente trabajo abordamos las BPA en tanto cristalización de «dispositivos» de control, que en esta última etapa del capital interpelan y complejizan las condiciones de reproducción social de los chacareros en la cadena frutícola. En el caso de estos productores, observamos que la normativa de las BPA para la incorporación de calidad e inocuidad dista de tener una apropiación homogénea, y es aplicada de manera diferencial por estos sujetos productivos. Nos centramos en su impacto en las trayectorias socio-productivas, atendiendo a los cambios en la organización del espacio productivo, de trabajo y de vida; así como en las percepciones de los sujetos acerca de estas transformaciones.

Trabajamos con fuentes secundarias (censales y estadísticas) y relevamiento primario de casos, circunscrito a la zona frutícola tradicional de Allen, por conformar una de las primeras colonias en el Valle (Colonia Los Viñedos), con importancia en la consolidación de la actividad frutícola con base de organización familiar. En ella, los productores frutícolas familiares —«chacareros»— han jugado un papel conformativo en las etapas iniciales de la fruticultura. Analizamos datos de 25 entrevistas obtenidas de una muestra por cuotas (diseñadas por escalón múltiple en función de la composición de los estratos de explotaciones, de acuerdo al Censo de Áreas bajo Riego 2005), seleccionados por método bola de nieve.

En un primer análisis de los casos, de tipo cuantitativo, se logró una tipología de productores chacareros (Alvaro, 2012, Bendini y Tsakoumagkos, 2012). En un segundo momento de análisis seleccionamos aquellos que por la riqueza de los testimonios en relación al proceso de incorporación de BPA, nos permitían profundizar en los aspectos señalados en el párrafo precedente, para el estudio de sus trayectorias

socio-productivas. Mediante la triangulación de procedimientos —histórico narrativo y de caso— conectamos en un momento analítico la periodización histórica de la actividad con los relatos particulares de las trayectorias sociales de los sujetos en estudio.

Las conclusiones inscriben el análisis de las trayectorias socio-productivas en las tensiones entre el devenir de las configuraciones las productivas locales y los avances de los controles del capital concentrado, en el contexto de una división internacional del trabajo en la que ciertas producciones en América Latina son organizadas en pos de un abastecimiento del mercado localizado en una escala mundial y fiscalizado por controles definidos por los países centrales (Castro Gómez y Grosfoguel, 2007), con fuertes impactos en la forma de organización productiva y social de las unidades agropecuarias. Rescatamos la importancia de caracterizar estos «avances modernizadores» como dispositivos de control territorial de los sectores más concentrados del capital agroalimentario, que bajo nuevas formas reeditan mecanismos de subalternización de los sujetos agrarios locales.

2. Dispositivos de control en la dinámica de reproducción del capital

Para analizar los impactos de las BPA en las trayectorias socio-productivas de los chacareros recuperamos algunas contribuciones teóricas que nos permiten indagar sobre los modos en que dispositivos provenientes del gerenciamiento empresarial colonizan³ el espacio productivo y producen nuevas diferenciaciones, por ejemplo entre formas «tradicionales» y «modernas» de hacer agricultura.

Los trabajos de Steven Shapin (2000), Jan Hacking (2001) y Bruno Latour (1999) entre otros, han incidido en el análisis de la producción, circulación y recepción del saber científico/técnico a través de lo que nosotros denominamos «dispositivos».

En este trabajo recuperamos la noción de dispositivo desde la perspectiva foucaultiana, que lo entiende como «un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos» (Foucault, 1985:127).

³ Consideramos relevantes los aportes de la perspectiva de la decolonialidad, al sostener que «asistimos (...), a una *transición del colonialismo moderno a la colonialidad global*, proceso que ciertamente ha transformado las formas de dominación desplegadas por la modernidad, pero no las relaciones centro-periferia» (Castro Gómez y Grosfoguel, 2007:13).

Para Deleuze un dispositivo es «una especie de ovillo o madeja, un conjunto multilineal compuesto de líneas de diferente naturaleza (el objeto, el sujeto, el lenguaje), que siguen direcciones diferentes, forman procesos siempre en desequilibrio y esas líneas tanto se acercan una a otras como se alejan unas de otras» (Deleuze, 1989:155). Deleuze distingue cuatro líneas principales que componen un dispositivo:

- Líneas de visibilidad. Su régimen de luz describe una arquitectura de la realidad, haciendo visibles ciertas partes y dejando otras en penumbra.
- Líneas de enunciación. Su función es hacer hablar a través de la producción de un régimen de enunciación concreto. Estas líneas determinan el espacio de lo enunciable.
- Líneas de fuerza. Añaden la tercera dimensión que permite al dispositivo ocupar un determinado lugar en el espacio. Recorren la interioridad de dicho y el tipo de relaciones que pueden producirse.
- Líneas de subjetivación. Se refieren al individuo y describen las condiciones en las que este se convierte en sujeto/objeto de conocimiento.

La filosofía deleuziana establece, además, el concepto de líneas de fuga: un intento de liberar y desterritorializar el pensamiento. Pero las líneas de fuga pueden tener un carácter revolucionario o generar un pensamiento opresivo.

Rescatamos al menos dos aspectos analíticos de esta noción. En primer lugar, atrae nuestra atención el aspecto productivo de un cierto número de dispositivos para ser analizados en prácticas concretas. En segundo lugar, nos permite abordar la relación entre saber y poder y sus implicancias para un caso en concreto: «No solamente cada dispositivo incluye saberes (múltiples, transversales, ramificados), sino que el propio dispositivo se convierte en un medio productor de saberes» (Berten en Moro Abadía, 2003:152); y de sujetos de estos saberes, que emergen del conjunto multilineal de los diversos elementos del dispositivo (Paponi, 2006).

En el análisis que realizan de los procesos de acumulación del capitalismo mundial desde los años 70, Boltanski y Chiapello observan la expansión y concentración del capital son acompañadas de una renovación de ciertas creencias que permiten justificar dicho orden, y a mantener, «legitimándolos, los modos de acción y las disposiciones que son coherentes con él» (46). El capitalismo actual no puede prescindir de la difusión de un «sentido del bien común» orientador de prácticas y dispositivos que garanticen una adhesión sin fracturas y de ese modo que se evite el cuestionamiento del «orden global», en tanto «red global de poder» integrada por procesos, económicos, políticos y culturales (Castro Gómez y Grosfoguel, 2007).

En América Latina De la Garza Toledo y Neffa (2010) al analizar diversas estrategias de ganancia empresarial basadas en modelos productivos, señalan que la gran reestructuración productiva de los años ochenta —que se manifestó en las dimensiones tecnológicas, organizacionales, en las relaciones laborales, en el perfil de la mano de

obra demandada, en las culturas laborales y gerenciales—; estimuló la subcontratación, la tercerización y los nuevos encadenamientos productivos entre clientes y proveedores. En esos encadenamientos «el problema central (...) es la eficiencia productiva, o bien la productividad y la calidad, condiciones necesarias de la competitividad. Sobre esta productividad y calidad, es de esperarse que influyan la tecnología dura utilizada, la forma de organizar el trabajo, las relaciones laborales e industriales, el perfil de la mano de obra y sus formas de aprendizaje, la cultura laboral, la gerencial y de los mandos medios» (De la Garza Toledo, 2003 cit. en de la Garza Toledo y Neffa, 2010:35).

Las directrices que argumentan cómo producir en los encadenamientos fueron acompañadas por la difusión de una cultura de gestión empresarial, presente en las políticas estatales Argentinas de la década del 90, y en la profundización, en los espacios rurales, de controles sustentados en una lógica productivista propia de los sistemas industriales de los países centrales. De esta manera, a la par de la modificación de prácticas directas en la producción, se instituye un imaginario que contribuye a la sujeción/disciplinamiento de los productores a las políticas de las empresas (Castiglioni y Diez, 2010).

En este sentido, la creencia en el progreso se reafirma y justifica como un valor contextualizado que señala un rumbo definido por una proyección de mejora eficiente para el mercado. Aún con evidentes profundizaciones de las desigualdades, consolida una imagen de ventajas colectivas, y bien común: este sería el eje central de los procesos de acumulación del capital, una organización que convoque a personas variadas —en este caso productores frutícolas—, aunque en condiciones de desigualdad estructural, y que participan de redes cuyo principio superior común es la eficacia «y a cada una de las cuales no le es atribuida más que una responsabilidad ínfima (...) en el proceso global de acumulación» (Boltanski y Chiapello, 2002:41).

En el caso de la fruticultura del Alto Valle rionegrino, el impacto de los procesos de modernización se identifica primordialmente con una creciente profundización de la presencia del capital transnacional en el eslabón de empaque y comercialización (aunque también integrado verticalmente en la etapa primaria), con los consiguientes cambios en la dinámica de acumulación dentro de la cadena: profundización en la apropiación desigual de excedentes en manos de un sector hegemónico, y aumentos en los requerimientos técnicos, de calidad y de escala productiva para el sector primario independiente, bajo una lógica de eficiencia que es a la vez diferenciación y en algunos casos expulsión.

En este contexto, analizamos la formación de cierto tipo de saber sobre la producción de alimentos en general, y la de los productos frutícolas en particular en una situación estratégica compleja de una sociedad determinada. Consideramos que la condición de posibilidad de ese poder, está dada por las posiciones diferenciales de los eslabones en la cadena, que permite utilizar sus mecanismos de cuadrícula, generando un efecto de conjunto que se dibuja a partir de todas esas movildades. En sentido de lo anterior, a lo largo del trabajo veremos cómo al interior del conjunto de productores en estudio,

las nuevas prácticas de adopción de calidad, a través de las BPA, son implementadas de manera no generalizada, y acompañadas por diferenciaciones simbólicas; cómo ciertas clasificaciones sociales tienden a naturalizarse como parte de las fronteras excluyentes entre «quienes certifican calidad y quienes no», como única posibilidad de producir de manera «eficiente», de cara a las exigencias y lógicas del mercado global.

Tal como desarrollaremos, los chacareros que no se ajustan a los mandatos de certificación, suelen ser calificados por los agentes del estado y por las «empresas» como «tradicionales», al exaltarse las dificultades que poseen para incorporar lo «novedoso/moderno» por el apego a prácticas y vínculos sedimentados en el tiempo que dificultan la incorporación de normas del proyecto «global».

3. El lugar de los dispositivos de disciplinamiento y control comercial en la cadena frutícola en la norpatagonia: el caso de las BPA

La relación asimétrica entre empresas agroindustriales transnacionales y productores agropecuarios locales conlleva diversas formas de articulación subordinada/subordinante, controles y resistencias, que colocan a las posibilidades de reproducción social de los sujetos agrarios en nuevas correlaciones de fuerzas, en el centro del análisis. Las formas en que se articulan los diferentes eslabones de la cadena al complejo agroindustrial, expresan el movimiento por el cual la agricultura se transforma en el sector más subordinado, en términos económicos y de decisión, al integrarse al complejo (Giarraca, 1985). En esta reorganización de los patrones de acumulación en la cadena la noción de calidad se integra no sólo como atributo del producto, sino también constituyendo nuevas relaciones sociales entre capital y trabajo en los espacios productivos (Neiman, 2003).

Específicamente para la producción de frutas frescas para el mercado internacional, Rau y Lamanthe sostienen que este proceso «representa para los productores (...) una ampliación de las oportunidades de venta (con la exportación), al mismo tiempo que un incremento de las presiones del mercado y la competencia. En este sentido, puede considerarse que la normalización constituye un vector de formalización – sistematiza los requerimientos de calidad, explicita los procedimientos productivos demandados, establece mecanismos de control externo» (2010:1).

El último Censo Frutícola Provincial revela para la provincia de Río Negro que sólo el 13,5 % del total de explotaciones que cultivan peras y manzanas está integrado verticalmente, o sea, por propiedad. Las explotaciones no integradas se articulan de manera horizontal, vía mercado, entregando la producción a: i) acopiadores, frigoríficos, plantas de empaque o ii) industrias,

más o menos en igual medida (CAR '05). Estos datos, junto a otros ya señalados anteriormente, sugieren que aunque hay concentración en la cadena frutícola, persiste sin embargo un grado de heterogeneidad en su interior que no parece ser insignificante (Steimbregger y Alvaro, 2011).

En los últimos años los requerimientos internacionales de calidad y sanidad cristalizaron en la formulación y operacionalización de un sistema de control de los procesos de producción, procesamiento y comercialización bajo la denominación de Buenas Prácticas Agrícolas (BPA). Las mismas consisten en prácticas de manejo recomendadas para la producción vegetal y animal —desde la actividad primaria hasta el transporte y empaque—, «orientadas a asegurar la inocuidad del producto, la protección al medio ambiente y el bienestar laboral» (<http://www.buenaspracticasci/>). Tienen el propósito de gestionar la calidad del producto a través de normas y procedimientos estándar reglamentados por el Globalgap a sus proveedores extranjeros (Fruticultura Sur, 25/04/2008).⁴

Las BPA constituyen un mecanismo que refuerza los controles a la producción en chacra por parte del capital concentrado, quien a su vez debe sortear exitosamente los requisitos de ingreso de la fruta a «exigentes mercados de calidad». En el Alto Valle rionegrino, a mediados del año 2004, una empresa exportadora de peras y manzanas de la región fue la primera en solicitar a la Estación Experimental del INTA Alto Valle la colaboración para implementar un sistema de Análisis de Peligros y de Puntos de Control

4 Este sistema nace en 1997 como una iniciativa de los comerciantes minoristas y supermercados europeos bajo la denominación Eurep (Euro-Retailer Produce Working Group) bajo el argumento de responder a la creciente preocupación de los consumidores acerca de la seguridad alimentaria; de este modo consolidaron su regulación de las diferentes relaciones contractuales que mantenían con productores de distintos lugares. Su interés en la gestión integrada de cultivos se concreta en normas y procedimientos armonizados para desarrollar Buenas Prácticas Agrícolas (BPA) en agricultura convencional (www.globalgap.org). Actualmente estas normas se encuentran reglamentadas por el Globalgap, organismo privado de adhesión voluntaria, a través de cuyos procedimientos se puede certificar productos agrícolas en todas partes del mundo y que opera a nivel global a través de más de 100 organismos de certificación, independientes y acreditados, en más de 80 países. Jurídicamente se constituye como una asociación de productores agrícolas y minoristas, en condiciones de igualdad, que desean establecer normas eficaces de certificación y procedimientos» (www.globalgap.org). De la normativa misma se desprende, que aunque «la aplicación de las Buenas Prácticas Agrícolas es un proceso voluntario, gradual y según las capacidades de cada productor, las exigencias internacionales están convirtiendo estas prácticas en obligaciones tendientes a proteger a los consumidores finales. El productor deberá evaluar en todo momento la necesidad de ajustar sus prácticas a los nuevos requerimientos internacionales, la normativa nacional vigente y sus propias capacidades técnicas y económicas para dar cumplimiento a las BPA y no asumir compromisos que no pueda llevar a cabo» (<http://www.buenaspracticasci/>). La norma Globalgap está sujeta a un ciclo de revisión que dura tres años e implica un proceso de mejoramiento continuo, donde los progresos tecnológicos y las novedades del mercado se incorporan permanentemente, apuntando a que los requisitos del consumidor se vean reflejados en los lugares de producción (www.globalgap.org).

Crítico (APCC)⁵ en su línea de empaque. Trabajando conjuntamente, se logró la certificación durante el mes de enero del 2005, constituyéndose en la primera empresa frutícola en Argentina que alcanza este estándar de calidad. Si bien en este plan no se incluye la fase de campo, debe tenerse en cuenta que en el proceso de manipulación y envasado de fruta no hay ningún tratamiento ni fase decisiva para eliminar los peligros asociados a la protección fitosanitaria en la etapa primaria; por ello, resulta indispensable para las empresas compradoras la implementación de Buenas Prácticas Agrícolas y establecer medidas preventivas a lo largo del proceso de producción, que complementan los controles que recibe la empresa (<http://www.inta.gov.ar/altovalle/actividad/investigacion>).

Es así que la implementación de estas normas se vuelve en los últimos años un requerimiento empresarial cuya obligatoriedad no se encuentra formalizada en los términos de los vínculos comerciales, más sí lo está «de hecho» en la comercialización con aquellos productores primarios «chacareros» que desean colocar su producto en el mercado internacional. Un dato no menor en la generalización de estas exigencias es que poco menos del 50 % de la superficie cultivada no cuenta con certificaciones de normas privadas (Secretaría de Fruticultura, 2011). Las especificaciones señaladas se articulan con la normativa vigente de cada país.⁶ No obstante, la preeminencia de las BPA como criterio diferenciador radica en la validez que otorgan al producto para ser comercializado en la Unión Europea, principal mercado de la fruta patagónica; y en la significación que han tenido como variable de diferenciación de esta última etapa, aspecto emergente del análisis cuantitativo agregado a partir del análisis de la muestra de productores (ver Anexo) (en Alvaro, 2012), y profundizado en el presente artículo en sus aspectos cualitativos con el seguimiento de casos mediante entrevistas con bajo nivel de estructuración.

5 En la Unión Europea, la Directiva 93/43 CEE, dispone que las empresas del sector alimentario deben realizar actividades de control propio, basadas en los principios de análisis de peligros y de puntos de control crítico (HACCP).

Argentina no ha incorporado aún en su sistema jurídico la obligatoriedad de implementar el sistema HACCP en las diferentes cadenas alimentarias (tal como lo hizo para las Buenas Prácticas de Manufactura, adoptando la Norma Mercosur 80/96 e incorporándola en el Código Alimentario Argentino en el año 1997). En el caso de la región del Alto Valle del Río Negro y Neuquén, la adopción de los diferentes sistemas de calidad por parte de las empresas frutícolas (PFI; BPAyM; HACCP) ha estado supeditada fundamentalmente a la demanda concreta recibida desde el mercado.

6 En la producción frutícola argentina rige el Código de Prácticas de Higiene para las Frutas y Hortalizas Frescas CAC/RCP 53-2003 (Codex Alimentarius) y la Resolución 510/2002 – SENASA – Guía de Buenas Prácticas de Higiene, Agrícolas y de Manufactura para la producción primaria (cultivo-cosecha), acondicionamiento, empaque, almacenamiento y transporte de frutas frescas. En el Alto Valle el SENASA constata el cumplimiento de Guía ISO/IEC 65:1997/EN45011 para la certificación de productos bajo normas controladas por SENASA. Los registros nacionales de SENASA y Funbapa además de avalar legalmente a las BPA, las complementan con controles locales para certificación en el mercado internacional, pero también para el mercado interno, que son previos temporalmente a las buenas prácticas, e implican altas exigencias en el empaque que dificultan la inserción de los productores que ya no pueden vender al mercado internacional.

Trabajamos en el impacto de estas normas en tanto dispositivo de control empresarial sobre las unidades primarias de los chacareros, productores independientes, no integrados al eslabón agroindustrial. Para este tipo de productores, las BPA implican dos tipos de fiscalización permanente en chacra. En primer lugar auditorías internas, realizadas por los propios productores con un Registro formal que incluye identificación predial con señalética de información y de prohibiciones al personal; pasos metódicos de observación sobre aspectos productivos: técnicas de producción, manejo de suelos y sustratos, plantaciones nuevas, manejo del agua en el predio, uso de fertilizantes, uso de abonos orgánicos; aspectos higiénicos: manejo de productos fitosanitarios, manejo de cosecha, higiene en el predio y control de plagas y/o vectores; y aspectos sociales: servicios básicos para el personal, legislación laboral, capacitación sobre medidas de seguridad y manejo de residuos del predio y registros ambientales. Respecto al trabajo asalariado, la rigurosidad de las normas aumenta cuando en los predios se emplean diez trabajadores o más (<http://www.buenaspracticas.cl/>). Los registros de campo sirven básicamente para comprobar la adecuada aplicación de las BPA y lograr la trazabilidad (seguimiento asegurado en toda la cadena alimentaria) que asegura al producto su colocación segura y fiscalizada en mercados internacionales de calidad.

En segundo lugar, existe un control externo, que se lleva a cabo mediante auditorías realizadas por el organismo certificador central (Globalgap) a través de empresas certificadoras privadas territorializadas en los espacios de producción. Estas auditorías incluyen inspecciones locales anuales regulares a los productores e inspecciones centrales adicionales, que los productores deben aprobar para obtener y/o mantener la acreditación de las BPA.

Si bien formalmente la puesta en práctica de estas regulaciones se sustenta en la seguridad alimentaria desde la demanda y hace referencias a la importancia del cuidado ambiental y el bienestar laboral en los locales de producción, estas cuestiones generan actualmente controversias respecto de su impacto real en las configuraciones sociales de las regiones productivas donde se aplican. En el caso en estudio, el criterio hegemónico de calidad impacta en rondas de diferenciación social de los productores —aunque también de los trabajadores— y no necesariamente conlleva el mejoramiento de las condiciones sociales y económicas en que se realiza la producción, para unos y otros.

4. La calidad y sus impactos en las trayectorias socio-productivas chacareras

Durante las entrevistas realizadas a productores y funcionarios del estado vinculados a la fruticultura es de destacar la apropiación de conceptos como: *eficiencia, calidad, Buenas Prácticas, competitividad, acciones correctivas*, utilizados para pensar y proyectar la producción de peras y manzanas en las chacras, lo cual denota el desarrollo de dispositivos específicos de normalización —privados y públicos— de procesos y productos con el fin de exportar. La garantía de inserción en un «proyecto», en los términos de Boltanski y Chiapello, sería cumplir con las pautas definidas por un mercado dominado por redes y normas globales. Rau y Lamanthe coinciden en que las modalidades de exportación se transformaron, desde circuitos en red con relaciones basadas ya sea en contratos formalizados o en relaciones de confianza. Para estos investigadores esta tendencia va acompañada por una «anonimización» de las directivas en la que las normas vienen a interponerse entre las personas como un mecanismo de dominación eficaz, en el cual las relaciones jerárquicas expresan el accionar de intermediarios de las exigencias definidas por los compradores externos. Por otro lado «la proliferación de procedimientos establecidos y la creciente presencia del dominio de lo escrito, son factores que han conducido a una creciente racionalización —en el sentido weberiano de formalización— de la gestión administrativa y productiva en los subsistemas frutícolas. Un nuevo segmento de «expertos» resulta necesario» (2010:8) como personal técnico que suplente al saber basado en la experiencia.

Ser parte de ese proyecto fundado en circuitos de red, en la fruticultura implicaría mantener el estatuto de productor/exportador, para lo cual deben cumplirse compromisos exigidos por los compradores, que «confían» en que el «buen productor» obtenga «buena fruta y en buenas condiciones» para los consumidores europeos.

Esta lógica subyacente constituye un elemento central en la relación que establecen los productores frutícolas con las empresas comercializadoras. En palabras de Boltanski y Chiapello «confiando este último en aquél, quien, a su vez, debe conocer la verdadera calidad de los bienes que oferta, para no ser engañado sobre aquello que compra». El arma del comprador para comprometer al vendedor de ser digno de confianza es la reputación de éste, sobre la cual debe actuar (189). La confianza entre las partes es sostenida por la calificación de los productos que son objeto de las transacciones: los términos de intercambio se dirimen así en el mercado, en el que se imponen exigencias según dispositivos definidos por aquellos que han organizado y sostenido la red.

Bajo la lógica empresarial de los compradores de fruta, aquel productor que no queda involucrado en el «proyecto» —certificación de la fruta—, es aquel encerrado en sí mismo, que tiene «ideas atrasadas», lo que lo vuelve incapaz de asumir un compromiso colectivo. La dinámica de la red involucra necesariamente renunciar «a la estabilidad, al arraigo, al apego a lo local, a la seguridad de los vínculos establecidos desde hace mucho tiempo» (Boltanski y Chiapello, 2002:180).

Ahora bien, nos preguntamos cómo es definido un «buen productor» integrado al mercado de exportación y cuáles son los criterios para pautar las condiciones de producción para acceder al mercado europeo; quiénes establecen esas pautas, cómo son las mismas son significadas, adaptadas y controladas en el espacio local. Es decir, cuáles son las condiciones históricas de emergencia y devenir del dispositivo de calidad como formación que, como veremos a continuación, en un primer momento ha tenido por función estratégica responder a una urgencia del capital y termina por instalarse como mecanismo legítimo de clasificación.

5. Emergencia de nuevas prácticas y nuevos significados

En la medida en que en la conformación social de los chacareros, unidad de producción—unidad doméstica se encuentran asociadas en la lógica de generación de excedentes, la adopción de calidad repercute en la organización de su espacio doméstico de vida. Estas transformaciones aparecen en los testimonios de los entrevistados.

«A causa de condiciones de la empresa, no se permite tener animales sueltos, ni leña, ni huerta cerca del monte de pepita, para implementar la normativa de las buenas prácticas tuvimos que abandonar todas esas actividades».

«Antes de las BPA teníamos (cría de) chanchos,⁷ gallinas; y una huertita. Tuvimos que sacar todo, hasta los perros... las nuevas normas exigen más sanidad y limpieza en la chacra».

Como estrategia de inserción «eficaz» no sólo se modificaron los modos y los fines con que se produce sino que incluso se modificó el espacio: las chacras han dejado de ser un espacio en el cual vivir, y poder generar prácticas de reproducción vinculadas a la tierra y desde las cuales complementar los ingresos generados por la venta de fruta, para pasar a consolidarse como espacio exclusivo de un tipo de producción.

Esto refleja una situación de subordinación del productor, que se profundiza por la presencia de controles que prohíben prácticas antes comunes en la chacra, a las que aluden los entrevistados. La re—mercantilización del espacio de vida (abandono de algunas producciones diversificadas y prácticas de autoconsumo propias de la vida rural)

⁷ Cerdos.

y la exigente profesionalización de la actividad, conlleva para los productores familiares modificaciones paulatinas en sus patrones de alimentación, en función de mayor especialización y estricto cumplimiento de normas en términos productivos (Alvaro, 2013). El despojo o corrimiento de los corrales para animales y las huertas, y la invasión de cartelería que señala procedimientos de manipulación de agroquímicos, entre otros, conviven con las viviendas de los productores y los trabajadores, en pos de garantizar una producción «eficiente» y de «calidad». Según señala una informante:

«Baños, duchas, carteles para el depósito de plaguicidas, fertilizantes. Toda la cartelería indicativa de tóxicos y peligros. Hay que llevar un cuaderno de campo⁸ donde se registra todo el trabajo en la chacra: fecha de colocación y cambios de dispensers, cantidad de pulverizaciones».

Las certificaciones que definen clasificaciones y posibilidades de comercialización son reconocibles en la producción frutícola. Los productores encuestados aluden frecuentemente a los modos en que actualmente producen fruta: las llamadas tres C, referidas a calidad, continuidad y cantidad (entrevista a funcionario de la Secretaría de Fruticultura, 2006 en Trpin, 2008). En la continuidad se refuerza el vínculo con la empresa compradora de fruta, «no fallarle» involucra un acto de reafirmación de la confianza depositada en el chacarero que realiza bien su trabajo: producir con calidad; al respecto, un informante que certificaba comentó resaltando su situación: «la empresa ha catalogado mi parcela de 6,5 ha como chacra modelo, que utiliza para muestra de calidad a técnicos europeos que vienen a supervisar».

En ocasiones las fuertes presiones que se le presentan al productor para alcanzar una fruta «certificada» entran en tensión con la forma en que esos mismos procedimientos son plasmados en otros espacios, como los predios productivos de las empresas agroexportadoras, lo cual se expresa en dudas sobre la «objetividad» o lo «absoluta» que resulta la aplicación de las BPA: «Las exigencias de Buenas Prácticas parecen ser sólo para el pequeño; estas grandes empresas no cumplen con lo mismo que exigen».

Sin embargo, la tendencia observada es que asegurar una producción eficiente junto al respaldo de las empresas que compran fruta, justificaría la necesidad de adaptar el espacio a las normativas, de modo de sostener un sistema en que la integración deviene en el refuerzo de relaciones de sujeción: estar afuera de ese circuito sería renunciar al progreso pautado en los términos que definidos únicamente por las empresas y las certificadoras; sostener prácticas productivas tradicionales derivaría en una anunciada desaparición por no acompañar el proyecto impuesto por la economía global.

⁸ Los productores poseen un «Cuaderno de Registros Fitosanitarios» que «contenga información de las prácticas culturales y los tratamientos fitosanitarios realizados en los predios. Este procedimiento llamado «llevar un cuaderno de campo» (...) obliga a que queden registradas la captura de plagas, la aplicación de agroquímicos, los riegos, la fertilización» (Trpin, 2008:62-63).

La idea de confianza y autoridad de sujeción depositada en las empresas compradoras de fruta y en las certificadoras de calidad construye una relación mutua y desigual que se inicia durante las instancias previas a la liquidación de la fruta, donde la presencia de las certificadoras y los técnicos de la empresa compradora «acompañan» al productor en la toma de decisiones, y es la que, entendemos, habilita intersticios de negociación desigual donde la implementación de BPA no necesita estar registrada en las condiciones formales de compraventa ni, por tanto, se ve necesariamente reflejada en el precio pagado por el producto.

Como órgano de control, las certificadoras luego de cada inspección deben transmitir, tal como señalara una entrevistada, las «acciones correctivas» esperables, es decir, las modificaciones en terreno que deben realizar los productores de aquellos puntos de evaluación que no han sido resueltos favorablemente de cara a la certificación. Consideramos que la expresión «acciones correctivas», naturalizada como un mecanismo de control, evidencia la evaluación como ejercicio de poder. Escobar (2000) y Mignolo (1995) han analizado cómo el lenguaje —en nuestro caso manifiesto en los protocolos de evaluación— «sobredetermina» no sólo la economía sino la realidad social en su conjunto. Es notable cómo, en este esquema, la introducción de normas de calidad emerge como un signo de ruptura por profesionalización en el discurso de los entrevistados, quienes suelen referir en términos contrapuestos un antes/después de las BPA en sus trayectorias laborales: calidad, integrar exitosamente el circuito productivo y poseer un asesoramiento profesionalizado parecen constituir un mismo lenguaje que crea una fractura con lo realizado por generaciones anteriores.

«Aplicamos BPA porque certificando vendemos mejor. Es necesario *acreditar* las normas de calidad para acceder al mercado rentable acreditando calidad, de lo contrario, te quedás afuera del circuito».

«Los compradores pagan mejor la *calidad*». Aplicamos BPA desde hace 3 años, y mi hijo nos asesora desde lo profesional».

«Estamos trabajando para entrar en las normas de Europe Gapp. La chacra es una actividad que me llega como un sentimiento de familia, pero que llevo a cabo de *manera profesional, y no improvisada*».

En este esquema se visualiza la profundización de diferenciaciones construidas y reforzadas en el proceso de transformación de perfiles productivos al interior del conjunto de los productores familiares, sea por diferenciación de capitalización como por diferenciación generacional:

«Muchos productores grandes (personas mayores) no se animan, le tienen miedo a todo esto de las BPA. Hay gente que no puede, que este año no pudo la manzana, y entonces el año que viene tampoco va a poder, y las plantas se añejan... *no pueden*. Hay un trabajo que es acumulativo, y que si no se hace».

No obstante, los propios productores encuentran intersticios, líneas de fuga, dentro de la normativa. Modos locales de construcción de la arquitectura que sustenta los controles, cambios en el registro de trazabilidad para que algunos cuadros que no certifican —pero cumplen las características requeridas por el mercado internacional— sean colocados si la cantidad demandada lo permite; son resistencias posibles que por la lógica de funcionamiento del dispositivo, no logran generalizarse al punto de poner en peligro la existencia del mismo. En palabras de Foucault, «el dispositivo es esto: unas estrategias de relaciones de fuerzas soportando unos tipos de saber, y soportadas por ellos» (1977:67).

Para los casos más descapitalizados la imposibilidad de implementar normas de calidad vulnera posiciones previas; para aquellos en espiral de capitalización la introducción de las mismas consolida perfiles productivos empresariales en explotaciones familiares. En cualquier caso, «la diferencia está entre vender y no vender», como lo expresan los propios productores cuando se piensan como parte del circuito productivo.

«Hay productores que no implementan BPA y los que les compran les pasan la fruta por su UMI.⁹ Para ello negocian con el descarte, recargando el UMI de los que acreditan, y dibujando el de los que no acreditan. Ahí la trazabilidad se pierde, pero logran colocar el producto del que no aplicó BPA y luego cuando arreglan el pago se cobran el favor».

Tal como se refleja en el testimonio, las clasificaciones entre aplicar o no BPA sostienen posibilidades mínimas de autonomía; aplicar permite vender para el mercado internacional con el número de UMI propio, lo cual garantizaría la marca de origen y algún grado de negociación con las compradoras de fruta; por otro lado los productores que no aplican BPA no necesariamente dejan de producir peras y manzanas, sino que el circuito de venta es resuelto desde los intersticios del propio sistema: vender con el número de UMI de una chacra que sí aplique BPA. Estas prácticas pueden pensarse como líneas de fuga que escapan del control absoluto de las normativas.

La «perfección» y objetividad de un sistema de control que se presenta como incorruptible muestra así sus grietas, las normas que deberían sostenerse desde las prácticas y desde las inspecciones son franqueadas por estrategias tanto de venta por parte de los productores como de compra de fruta con menos valor —producida sin aplicación de BPA—, a pesar de ello, la fruta llega al mercado. Una situación similar es observada por Guillermo Castiglioni (2007) en su análisis de los «no anotados» tabacaleros, los cuales, en su condición de no estar registrados formalmente como proveedo-

⁹ Unidad Mínima de Inspección. Forma parte de la reglamentación exigida por Senasa desde el año 2002. Resolución 891/02. Se corresponde con una superficie delimitada o identificada sobre la cual se aplicará el Sistema Integrado de Medidas para Mitigación del Riesgo de Plagas (Trpin, 2008).

res de hoja de tabaco de las empresas tabacaleras, logran vender a intermediarios o a productores «anotados» su producción, de modo que informalmente su tabaco llega a la empresa sin ser «la calidad» inspeccionada directamente por la misma.

De este modo podemos señalar que la distinción entre productores que cumplen con las normativas de calidad y los que no lo hacen define, tal como señalara el informante las posibilidades reales de «vender o no vender la fruta». No obstante, los productores familiares que no aplican BPA no dejan de producir y sostener un ingreso de su fruta en el mercado, aún a costa de permanecer en situaciones quizá de mayor subordinación informal y viendo acrecentados sus niveles de fruta a descarte; lo que complejiza sus procesos de reproducción social en la actividad.

Estas profundas transformaciones productivas asociadas a la adopción tecnológica han generado a nivel discursivo la reciente distinción simbólica entre chacarero y «productor», aludiendo este último a aquel que ha logrado una inserción competitiva por un conjunto de cambios que se engloban en el término «eficiente» y que comprenden la reconversión, las Buenas Prácticas, el acceso a la educación y a la información técnico-comercial y legal contractual, a la participación en las negociaciones intersectoriales, etcétera (Bendini y Alvaro, 2008).

Frente al chacarero «tradicional» caracterizado por un saber artesanal implícito, transformarse en un «productor» implica resignificar las prácticas e incorporar novedosas rutinas productivas. Es decir, se renuncia a «formas de hacer» heredadas en la experiencia laboral transmitida inter-generacionalmente, para aprender «procedimientos», como llevar un cuaderno de campo, aplicar agroquímicos de manera «segura», mantener cartelería y cierto «orden» formalizado en la reglamentación.

El desplazamiento de la propia denominación en la estructura productiva condensa un pasaje: «Hoy por hoy el que dice chacarero se está refiriendo mal. El que produce hoy es un productor que produce con una pequeña empresa».

La noción de integrar un proyecto exitoso como vender fruta para el mercado europeo implica reconversiones, nuevas prácticas, pero, lo más significativo resulta de una nueva presentación frente a las empresas compradoras: dejar de ser chacarero (y las representaciones de retraso y no innovación derivadas de esa figura) para dar lugar a una identidad acorde con los mandatos del mercado global.

Esta transformación implica necesariamente asumir como legítima la vigencia de un saber técnico superior al tradicional encarnado por el chacarero, plasmado en nuevas formas de relación laboral, con monitores privados, y técnicos relacionados con la venta, suministro o control de productos «habilitados». Como refiere Neves (1987) los sucesivos procesos de modernización agrícola se fundamentan generalmente en un modelo de desarrollo que postula la superación de lo anterior en tanto tradicional. Cada proceso «se presenta como único y válido, negando o descalificando las acciones y los presupuestos anteriormente dirigidos para la agricultura» (1987:343 cit. en Castiglioni y Diez, 2010).

«Esta chacra es de la abuela de mi marido. El se acuerda que de chico se vendía la fruta a culata de camión. Mis suegros cuando la agarraron hacían mercado interno, pero en algún momento eso no rindió, y la madre le había pedido que nunca la vendiera. Después la agarramos nosotros, con otro tipo de mirada, le cambiamos todo».

La nueva «mirada» sobre las formas de producir a la que alude la productora conlleva a reforzar la distinción entre lo «viejo», incluso generacionalmente. La legitimidad de «lo nuevo» responde además a la posibilidad de que los cambios se vean plasmados en evaluaciones positivas realizadas por las inspecciones provenientes del «saber técnico», por lo cual ese saber queda evidenciado en lo escrito y quizá proyectado en una productividad concreta y palpable. Francisco Rodríguez en su estudio sobre las tensiones de los conocimientos puestos en práctica entre los tabacaleros misioneros, retoma a Latour (1999), señalando que «las relaciones entre los distintos programas de verdad no son horizontes y suponen diferentes capacidades para la imposición de visiones legítimas de la realidad. El poder de imponer la interpretación legítima se apoya, según Latour, en la capacidad de construir y producir hechos» (2007:149). Las evaluaciones y los dispositivos de control que definen los modos adecuados de producir señalan hechos incuestionables y una imposición de verdad que desacredita otras posibilidades de reproducirse como un productor familiar en la fruticultura.

6. Saberes en disputa

Otro punto de análisis de los impactos de las BPA lo constituye la relación de los chacareros con los trabajadores. Si bien las definiciones de la categoría de trabajador rural no son homogéneas, sino que están atravesadas por la propia dinámica del capitalismo actual; y a pesar de la vigencia de regulaciones formales a nivel nacional, existe una diferenciada aplicación de las mismas según la histórica construcción del trabajador rural frutícola (Trpin, 2008).

En el Alto Valle rionegrino la aplicación de las BPA genera diversas condiciones laborales según los propietarios con los que se emplean los trabajadores, aunque en general se uniformizan paulatinamente los criterios de control sobre el proceso de trabajo por profesionalización/homogeneización en aquellas chacras de menos de 25 ha donde se comienzan a incorporar las BPA. En este sentido, si bien se produjeron importantes mejoras en salud y seguridad en el trabajo, en muchos casos la aplicación de las normas también ha impactado negativamente sobre familias de trabajadores que habitaban en esos predios, restándoles la posibilidad de obtener ingresos mediante las formas acostumbradas de producción doméstica de subsistencia (Trpin, 2008).

Los productores expresan la importancia de haber «ordenado» el espacio, despojarlo de basura y de animales sueltos, sin reparar en los posibles impactos sobre la cotidianeidad de los trabajadores. Observan y señalan una «distancia» entre las prácticas «poco higiénicas» de los trabajadores y las actuales normas que definen que si se produce un alimento éste debe contar con un esquema de circulación limpio y ordenado, el cual no es garantizado por las prácticas de los trabajadores. Por ello la intervención y enseñanza de nuevos modales y prácticas de higiene se tornan para los productores una preocupación.

«La crítica más grande a este aparato de BPA es que a vos como productor te exigen, vos estás certificando una fruta que no tiene nada de químicos ni pestes. (...) hay una gran brecha entre lo que piden las BPA como productor y lo que realmente podemos hacer con los trabajadores».

Los productores observan un forcejeo constante entre las prácticas laborales conocidas por los trabajadores —sustentadas en la experiencia y la oralidad— y las exigidas por los controles y organizadas por los procedimientos impartidos desde el «saber experto» —difundido en cursos de capacitación laboral, manejo de agroquímicos, calibración de maquinaria—. El productor familiar se presenta como intermediario entre dos saberes opuestos, dos lógicas laborales en contradicción que eclosionan en un mismo espacio, el de la chacra, que se transforma en un espacio de lucha por la legitimidad de los procedimientos y los intereses que acompañan cada saber.

A su vez, las nuevas formas de calificación profundizan miradas des-calificadoras de los saberes laborales sustentados en la experiencia: los mismos denotan indisciplina en oposición a procedimientos de orden y limpieza encarnados por el saber experto (control), que impactan no sólo en las calificaciones que los trabajadores acreditan, sino también en los niveles de productividad que alcanzan. Estos últimos se han visto particularmente afectados con la introducción de nuevos cuidados y formas de tratamiento de la fruta en la época de cosecha que disminuyen la cantidad de fruta recolectada, en pos de aumentar la calidad y tiempo de conservación de la misma.

«El concepto de BPA es que vos estás manipulando alimentos y entonces tenés que ser lo más riguroso posible, El medio tiene que verse lo más limpio posible. Hay que ser riguroso con las aplicaciones (de agroquímicos). Lo registrás todo cuadro por cuadro. Llevás un control muy estricto. Una vez que entrás en el circuito lo llevás, no es muy difícil».

Las BPA protocolizan lo que sucede dentro del proceso de trabajo y presentan los elementos que intervienen en el mismo (fuerza de trabajo, medios y objeto) en igual nivel de prioridades respecto del control y la higiene: un trabajador con uñas cortas, manos limpias, no le es permitido fumar, escupir, tirar residuos en lugares no habilitados permitidos, medios de trabajo adecuados en protección y ubicación y máximo

cuidado en la manipulación durante el traslado del objeto (modos de extraer el fruto, uso de la mochila, descarga y organización de la fruta en los bins en función de la obtención del producto.

«Ellos (los trabajadores) no entienden que también es mejor para ellos. Morir no se van a morir, pero les querés hacer entender que las buenas prácticas son mejor para ellos, pero no quieren entender».

La adaptación de los elementos disponibles, la adquisición de nuevos, la adaptación del trabajador a los nuevos requerimientos sólo giran en torno a la lógica de cumplimiento de normativas definidas por un mercado despersonalizado y que toma como valor de rigor la seguridad alimentaria. Es en los límites del proceso de trabajo donde emergen las contradicciones entre lógicas laborales, derechos sociales, y lógicas del mercado. La forma en que se reproducen los elementos por fuera de ese proceso de trabajo condiciona y tensiona las condiciones sociales de posibilidad para llevar a cabo el proceso.

La apropiación de las BPA a partir de una supuesta objetividad de los puntos de evaluación corre el eje de la tensión real que se condensa en ese espacio productivo, donde se dirimen relaciones de clase y de poder. Esa tensión solapada irrumpe en descontento, por ejemplo, cuando en la figura del Estado se avanza en regulaciones¹⁰ que proponen mejoras en las condiciones de trabajo y alojamiento de los trabajadores rurales, más allá de los protocolos de las certificadoras internacionales.

7. Criterios de calidad.

Diferenciaciones simbólicas y lógicas excluyentes

A lo largo del caso en estudio observamos cómo en la etapa de agro-industrialización tienen lugar transformaciones dentro de la cadena agroalimentaria frutícola en dos sentidos. A nivel de la estructura social agraria se observa la persistencia de las unidades de producción familiar frente a la concentración productiva, tendencia constatada en la primera etapa de una investigación más amplia. En tanto, a nivel micro, se analiza cómo se cristalizan nuevas diferenciaciones en las trayectorias productivas de los productores familiares a partir de la implementación de criterios de calidad, que son objeto de estudio en este trabajo.

¹⁰ Por Resolución 11/11 de la Comisión Nacional de Trabajo Agrario a partir de inicios del año 2011 se establecen «Las Condiciones generales de labor y habitación». A partir de ese momento se impide el hacinamiento de trabajadores, y se aseguran condiciones de higiene en el trabajo y la residencia.

Entendemos que el análisis de estos mecanismos es relevante para comprender en qué medida su implementación contribuye a nuevas modalidades de control en las unidades familiares por parte de los sectores más concentrados de la cadena y cuáles son las respuestas que los sectores más débiles de la cadena —a cargo de las etapas de producción y comercialización de primera mano de la fruta— generan ante tales tendencias.

A partir del análisis de la forma en que los dispositivos de control de calidad funcionan y son resistidos, queda demostrado cómo a nivel de las prácticas se generan procesos de diferenciación de los perfiles productivos por transformaciones en la gestión de la chacra —pasaje de chacarero a productor «calificado». Además, dichos sujetos modifican también su relación con los trabajadores contratados para las tareas específicas, al implementarse criterios de calidad que conllevan cambios en el uso de los saberes específicos requeridos y en la introducción de nuevas rutinas dentro de las chacras frutícolas.

En sentido de lo anterior podemos afirmar que a los impactos de diferenciación estructural de las unidades productivas, se agregan cambios en la concepción de la chacra como espacio vital y de satisfacción de necesidades domésticas, con incremento de la dependencia de la economía familiar respecto del mercado. Esto ha implicado en algunos casos permanecer en la producción aún en condiciones que, según señala Gras (1997), los asemejan a los asalariados rurales: los ingresos que obtienen sólo les permiten retribuir su trabajo, reforzando la vulnerabilidad en que se encuentran frente al mercado y la construcción fragmentada del mercado de producción primaria.

A nivel de los acuerdos comerciales este tipo de controles se concreta en diversas modalidades de vinculación entre empresa y productor, que van desde acuerdos comerciales (en diversos grados de formalización) para la compra de la fruta producida, hasta relaciones comerciales que implican la asistencia técnica y aún financiera por parte de la empresa para la incorporación de calidad en chacra, con la posterior entrega de un lote de fruta que es producto de esa financiación, iniciando severos procesos de descapitalización para el productor primario que no puede incorporar tecnología autónomamente. Si bien en el caso de los chacareros valletanos la acreditación de calidad permite el acceso a vinculaciones contractuales más estables con las empresas comercializadoras; de ninguna manera la optimización de las estrategias de comercialización asegura un nexo más fuerte, duradero o redistributivo de excedentes de estos productores independientes con el núcleo hegemónico (Steimbregger y Alvaro, 2011).

En términos de la relación capital-trabajo, con la implementación de BPA también se producen transformaciones relacionadas con la necesidad de trasladar los criterios «legítimos» a los trabajadores, evidenciando la tensión entre saberes laborales sustentados en la experiencia y saberes técnicos especializados y estandarizados (ver Trpin, 2008). Más allá del desafío que implica para los productores alcanzar la aplicación de dichos criterios en campo; la implementación de los mismos entra en fuerte contradicción con los intereses de los propios trabajadores, sus formas de hacer y los niveles de productividad del trabajo que alcanzan.

Por otro lado constatamos una creciente «especialización» de los controles en el ámbito productivo-doméstico, donde la disposición de los elementos de trabajo y la inclusión de nuevos esquemas visuales (cartelería, disposición de los materiales y espacios) se expande hacia lugares de la unidad productiva otrora utilizados para el desarrollo de estrategias complementarias del grupo doméstico (cría de animales, producción de conservas, etc.) propias del tipo social agrario.

La incorporación individualizada de las normativas de organismos privados por parte de aquellos productores que se encuentran en condiciones estructurales (económicas, sociales, culturales) de hacerlo, se presenta en el caso en estudio bajo una doble apropiación simbólica. Por una parte, las premisas del método experimental presentan los valores de «calidad y sanidad» como intrínsecamente superadores de sistemas anteriores. Sus condiciones de administración del tiempo y el espacio en la chacra, las nuevas formas de control productivo instituido, son incorporadas en tanto científicamente exitosas, o resistidas por altamente onerosas y complejas, pero en general, asimiladas por fuera de las condiciones sociales y políticas que les dan origen. Su implementación implica control del espacio, pero también de los cuerpos, sometidos a movimientos prescritos por una autoridad externa, anónima. En palabras de Foucault, «la técnica de sujeción, (...) al convertirse en blanco para nuevos mecanismos de poder, se ofrece a nuevas formas de saber» (Foucault, 1976:159).

A nivel simbólico, estas transformaciones se expresan en una diferenciación interna al conjunto de los productores familiares que profundiza la fragmentación social existente. De acuerdo con Pessanha Neves (1987), las prácticas políticas e institucionales que sostienen la modernización de la agricultura, expresan intentos de orientar tal actividad en virtud de los intereses de ciertos segmentos de agricultores, como de otros intereses: «la modernización implica así, entre otros aspectos, una domesticación, una civilización. La promoción de una agricultura, racional, progresiva, fundada en bases científicas, supone la superación del atraso, de la rutina, de la baja productividad existentes en virtud de la resistencia, del bajo nivel escolar, del estrecho horizonte de los agricultores, incapaces de operar con cálculos y previsiones» (Neves, 1987:343, traducción nuestra en Castiglioni y Diez, 2010).

Entendemos que el estudio de los impactos que se generan por el encuentro entre demandas legítimas de los mercados consumidores en términos de seguridad alimentaria y respuestas de los actores productivos locales históricamente constituidos, debe ser enriquecido con miradas acerca de las tensiones y efectos sociales que emergen de la imposición/implementación de estos dispositivos. Reflexionarlos en sentido de su condición socio-histórica de posibilidad y de las nuevas formas de heterogeneidad y subalternización que implican para los sujetos agrarios nos permite apropiarlos en sus complejas dinámicas y visibilizar los dispositivos desde los cuales los eslabones más débiles de la cadena tienen a acrecentar su subordinación.

Registro bibliográfico

V. Trpin y B. Alvaro
«Condiciones productivas
locales y exigencias para
la comercialización.
Transformaciones en la
fruticultura del norte de la
Patagonia argentina».
Pampa. *Revista
Interuniversitaria de
Estudios Territoriales*,
año 10, n° 10,
Santa Fe, Argentina,
UNL (pp. 193–217).

Bibliografía

- Alvaro, María B.** (2012). «Impactos de la modernización de la actividad frutícola en las condiciones de reproducción social chacarera. El caso del Alto Valle rionegrino», *Revista Mundo Agrario, Revista de Estudios Rurales* n° 24. Buenos Aires. Disponible en: <<http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/numeros/numeros/no-24-1er-sem-2012/sumario-summary>>
- (2013). *Producción familiar en el Alto Valle de Río Negro. Estrategias de reproducción social frente a desafíos globales*. Buenos Aires: Editorial La Colmena.
- Bindini, Mónica y María B. Alvaro** (2008). «Los chacareros en su diferenciación social: productores agrarios exclusivos o pluriactivos? Contexto histórico, sujeto regional y perfiles ocupacionales», II Jornadas de Historia Social de la Patagonia, Bariloche.
- Bindini, Mónica y Steimbregger, Norma** (2005). «Integración agroalimentaria. Trayectorias empresariales comparadas en la fruticultura argentina de exportación». En Cavalcanti, S. y Neiman, G. (comp). *Acerca de la Globalización en la Agricultura*. Buenos Aires: Ciccus.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Eve** (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: AKAL.
- Castiglioni, Guillermo** (2007). «Tabacaleros “no anotados”: una familia en el limbo». En Baranger, D. (comp.) *Tabaco y agrotóxicos. Un estudio sobre productores en Misiones*. Posadas: Editorial Universitaria de Misiones.
- Castiglioni Guillermo y Diez, Carolina** (2010). «Análisis de la construcción del “productor moderno” desde las empresas tabacaleras en Misiones», IV Reunión del Grupo de Estudios Rurales y Desarrollo. Posadas: PPAS–UNaM.
- Castro–Gómez, Santiago y Grosfogel, Ramón (eds.)** (2007). «Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico». En *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del hombre editores.
- De la Garza Toledo, Enrique y Neffa, Julio** (2010). *Trabajo y modelos productivos en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Foucault, Michel** (1976). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (1977). «El juego de Michel Foucault». Entrevista publicada en *la Revista Ornicar*, n° 10:62.
- (1985). *Saber y verdad*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.
- Giarraca, Norma** (1985). «Complejos agroindustriales y la subordinación del campesinado. Algunas reflexiones y el caso de los tabacaleros mexicanos», *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 8, n° 1. Enero–abril. Bogotá, pp. 21–39.
- Gras, Carla** (1997). Complejos agroindustriales y globalización: cambios en la articulación del sector agrario. *Revista IJSAF (Internacional Journal of Sociology of Agriculture and Food)* vol. 6:55–75.
- Hacking, Ian** (2001). *La construcción social de qué*. Barcelona: Paidós.
- Latour, Bruno** (1999). «Como redividir a Grande Divisao», *Mosaico–Revista de Ciências Sociais*, vol. 2, n° 1, pp. 168–198.
- Mignolo, Walter** (1995). *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality and Colonization*. Ann Arbor: The University of Michigan Press.

Moro Abadía, Oscar (2003). «¿Qué es un dispositivo? EMPIRIA», *Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, n° 6:29–46.

Paponi, Susana (2006). «Prácticas sociales y producción de subjetividad». En *Pensar el presente*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Quijano, Aníbal (2000). «Coloniality of Power, Ethnocentrism and Latin America», *Nepantla. Views from South*, 1, 3:533–580.

Rau, Víctor y Lamanthe, Annie (2010). «Mercado de productos y mercado de trabajo agrícolas entre la formalización y la informalización. Una puesta en perspectiva Francia / Argentina», VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, Porto de Galinhas.

Rodríguez, Francisco (2007). Prácticas, saberes y poder. En Baranger, D. (comp.) *Tabaco y agrotóxicos. Un estudio sobre productores en Misiones*. Editorial Universitaria de Misiones. Posadas.

Scaletta, Carlos (2006). *Tensiones de la globalización en los circuitos agroindustriales: El caso de la producción frutícola del Alto Valle del Río Negro*. Disponible en: <<http://fruticulturasur.com/fichaNota.php?articuloid=822>> .

Shapin, Steven (2000). *La Revolución científica. Una interpretación alternativa*. Barcelona: Paidós.

Steimbregger, Norma y Alvaro, María B. (2010). «Vinculación contractual en el agro. Dinámicas entre la movilidad del capital global y las respuestas locales», *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*. CIEA (Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios), Facultad de Ciencias Económicas, n° 33, 2° semestre. Universidad de Buenos Aires.

Trpin, Verónica (2008). «Reconfiguración productiva y Buenas Prácticas Agrícolas. Las nuevas condiciones laborales en la fruticultura del Alto Valle de Río Negro», *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, n° 29, CIEA–FCE/UBA.

Otras fuentes consultadas

Secretaría de Fruticultura, provincia de Río Negro (2011). <<http://fruticultura.gov.ar/leer.php?id=219>>

INTA <<http://www.inta.gov.ar/altovalle/actividad/investigacion/calidad/HACCP.htm>>

